

El bloqueo de Berlín.

A partir de ese momento, Alemania quedó dividida, *de facto*, en dos mitades, cada una con una dinámica económica distinta. Porque el hecho era que la preparación del sector occidental de Alemania para la llegada del Plan Marshall implicaba la refundación del Deutschmark como nueva moneda alemana. Teóricamente la totalidad de Alemania aún estaba gobernada por una Comisión de Control Interaliada conjunta, pero esa institución también terminó colapsándose. Ocurrió durante la reunión celebrada el 20 de marzo de 1948, cuando la parte soviética pidió información sobre la reforma monetaria que los occidentales pensaban aplicar. Éstos la negaron y ante ello la delegación soviética abandonó la sesión inhabilitando a la Comisión.

La Alemania dividida encarnaba todas las contradicciones de la situación de posguerra: era a la vez la gran potencia desaparecida, el gran agujero geoestratégico en el centro de Europa, el poderoso enemigo vencido y, en definitiva, el mayor problema sin resolver en todo el continente. Cualquier enfrentamiento en torno a ella era crucial. Por su parte, la ciudad de Berlín, como capital de Alemania, condensaba todas esas contradicciones. Estaba dividida también en cuatro sectores de ocupación: norteamericano, británico, francés y soviético. Además, su situación, en plena zona de ocupación soviética y a 160 kilómetros del punto más próximo en la zona americana, hacían de la ciudad una pieza muy delicada en las relaciones soviético-occidentales. En 1946 la administración soviética había impuesto en su zona la unión de socialistas y comunistas, e intentó extenderla a toda la ciudad. Los líderes socialdemócratas del Berlín occidental plantearon un referéndum que derrotó a la fracción unificadora. En el relativamente pequeño marco de la ciudad, la sensación de estar a las puertas de la Guerra Fría se hacía particularmente aguda. A poco del colapso de la Comisión de Control Interaliada, los soviéticos comenzaron a bloquear los accesos a la ciudad desde los sectores occidentales. Primero, el 3 de abril de 1948 y pretextando problemas técnicos, fueron las rutas ferroviarias y por carretera desde Hamburgo y Munich. A continuación la medida afectó al tráfico fluvial. El 23 de junio el cerco era completo, incluyendo el correo. Los soviéticos intentaban estrangular a los sectores occidentales de la ciudad sin llevar la provocación al extremo de situar a los angloamericanos ante la tesitura de una nueva guerra a gran escala.

A medida que aumentaban las restricciones impuestas por los soviéticos, los angloamericanos intentaban abastecer la ciudad desde el aire. El 26 de junio quedó claro que sólo se podría responder al pulso de los soviéticos con un puente aéreo. Pero el desafío era impresionante, pues las necesidades diarias mínimas de una ciudad como era el sector occidental de Berlín, con 2,5 millones de habitantes, ascendían a unas 4.000 toneladas de abastecimientos diversos. Por otra parte, los aviones de la época (como el modelo más utilizado, el Douglas C-54) sólo podían cargar con unas 9 toneladas de mercancías. El puente aéreo a Berlín, bautizado como Operación Vittles, fue una impresionante hazaña técnica. Americanos y británicos hubieron de recolectar aviones de sus flotas comerciales y militares en todo el mundo. Para coordinar y dirigir los vuelos hacia la ciudad así como para solventar el mantenimiento de tantos aparatos, que sufrían un enorme desgaste en el constante ir y venir, se trabajó noche y día sin interrupción. En dos meses hubo de construirse un aeródromo suplementario. Gracias a estos esfuerzos ya en diciembre de 1948 se lograron transportar 7.000 toneladas diarias; a comienzos de 1949 se estaba ya en las 10.000 toneladas/día. Para entonces, a pesar de las inclemencias del tiempo, el tráfico

aéreo era ininterrumpido, día y noche; cada noventa segundos se realizaba un despegue o aterrizaje. También se trabajó en nuevos sistemas de embalajes, más ligeros, y en la deshidratación de alimentos, hasta rebajar en un 40% el tonelaje diario para el mismo valor alimentario.

El puente aéreo a Berlín consagró un vuelco en la manera de considerar a los alemanes y, en general, a los desplazados centroeuropeos. Al acabar la contienda mundial en 1945, existía auténtica animadversión hacia los germanos, contemplados todos ellos como nazis. La liberación de los campos de exterminio y concentración confirmó todas las especulaciones sobre la malignidad del hitlerismo. La dureza de la penetración del Ejército Rojo en tierras alemanas fue saludada, desde Occidente, como un castigo más que merecido al que, por otra parte, no se daba demasiada relevancia. Abundaban las propuestas para reeducar, de una vez por todas, la mentalidad del pueblo alemán: el más famoso de tales proyectos fue el Plan Morgenthau, que culpaba a la gran industria de fomentar el nazismo y preveía la reducción de Alemania a una economía agraria; pero para quienes consideraban que todo había sido responsabilidad de los grandes terratenientes también se proyectaron toda suerte de reformas agrarias. Sin embargo, la realidad compleja de la desnazificación, en un lado y otro de la frontera Oder-Neisse, pronto cambió las actitudes oficiales: americanos y soviéticos iniciaron una auténtica carrera para usar en provecho propio los conocimientos prácticos generados por el régimen alemán en los años anteriores. Eso significó secuestrar a físicos o liberar a especialistas en cohetes, pero también manejar las noticias de todo orden que podían facilitar los cuadros de los servicios de información germanos. Por otra parte, las imágenes de niños alemanes hambrientos, mendigando entre las ruinas de ciudades literalmente allanadas, truncó la inquina antinazi de norteamericanos y británicos en una mezcla de generosidad y clemencia, muy acorde con los tiempos del Plan Marshall. Además con el alud de paquetes de víveres se conjuraba la amarga mitología teutónica sobre la hambruna sufrida por las criaturas alemanas durante el bloqueo aliado en 1919.

El esfuerzo duró un año. El 11 de mayo de 1949 los soviéticos levantaron el cerco por vía terrestre, aunque de vez en cuando volvieron a aplicar represalias del mismo estilo. Sin embargo, el bloqueo de Berlín tuvo importantes consecuencias. La primera de todas fue que marcó el punto de inicio formal de la Guerra Fría: la confrontación Este-Oeste era ya evidente. Pero el pulso no había llegado al enfrentamiento directo, lo que justificaba el apelativo de «fría» aplicado a esa peculiar contienda y marcaba un nuevo estilo de tensión internacional. Por otra parte, durante la crisis los aliados occidentales estrecharon su alianza hasta constituir, en abril de 1949, la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) como bloque defensivo ante los soviéticos. Ello significaba que los Estados Unidos, líderes del proyecto atlantista, renunciaban formal y permanentemente a su política de aislacionismo militar. Pero la encarnizada disputa por Berlín era en sí misma la expresión de un empate: la brusca desaparición de Alemania como gran potencia regional había dejado un enorme hueco en el centro de Europa que soviéticos y occidentales sólo habían sabido llenar con un rompecabezas de sectores militares de ocupación. Esa contradicción marcaba toda la situación continental.

Fragmento Extraído del libro:
La paz simulada. Una Historia de la Guerra Fría.
Francisco Veiga, Enrique da Cal, Ángel Duarte.
Alianza Editorial. Madrid 1998.